

POESÍAS COMPLETAS

DE

GABRIEL Y GALAN

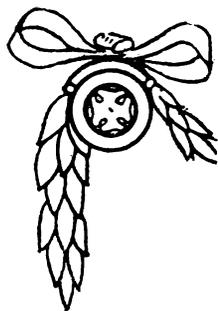
PUESTA DE SOL

*Por un cielo mudo y frío,
sin nubes y sin color,
bajaba un sol moribundo,
muerta sombra de aquel sol
que las viejas primaveras
templaba fecundador.
Eran las tierras de ocaso
desiertos que Dios creó
para que el hombre se acuerde
del Paraíso de Dios
y muera con la nostalgia
del que es infinito amor;
y donde el cielo se unía,
sin nubes y sin color,*

*con una llanura muerta
que el ruido nunca habitó
con lentitudes dolientes
agonizaba aquel sol.
Y no tuvo en su caída
ni pueblo que la sintió,
ni pájaro que cantara
la vespertina canción,
ni selva que se moviera,
ni hombre que alzara su voz,
ni torre que se pintara
con el dorado arrebol,
ni sedalino celaje*

*que embebiera en su vellón
la púrpura derretida
del último resplandor.
Entre desiertos desnudos
la muerte le sorprendió,
y al que muere en el desierto
no le ve nunca el amor,
ni nadie le presta oídos,
ni nadie le dice adiós.*

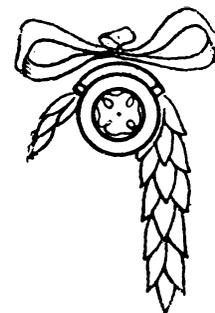
*Así murió aquella tarde
solo y quejándose el sol:
¡así se mueren los hombres
que han vivido sin amor!*



PRETERITAS

—oOo—

Para Dáfnis y Cloé,
fraternalmente, Vic.



*Si después de cantar, en tus oídos,
—en medio del silencio renovado—,
continúan vibrando otros sonidos,
que remedan el timbre desolado
de aquella voz muy triste,
que un tiempo la quisiste
tan solo para tí. —piensa un momento . . .
Es posible que aún te esté llamando,
y en la forma doliente de un lamento,
gimiendo a solas te estará añorando.*

*Cuando el viento se enrede entre las verjas
de tu ventana, —surtidor de flores—,
y a tu oído, simulando quejas
confiadas solo al viento en sus rumores,
repercutan las notas
de unas canciones rotas
por el Azar, ¡detente! Musa inquieta;
tal vez esté cantando los resabios
del dulce canto que aprendió el poeta
en la mágica fuente de tus labios.*

*Y cuando sola, con temor te sientas
observada por alguien de hito en hito,
por alguien que hacia tí se acerca a tientas,
tal vez para llorarte tu delito
de tenerlo olvidado
por otro bien amado,
ponte de hinojos ante el piano mudo,
y rindiéndote a Dios, humildemente,
—y porque Dios te servirá de escudo—,
pídele tu perdón por el ausente,
porque él, que tanto te adorara un día,
te sabrá perdonar tu felonía.*

VICENTE DE JESÚS

Desde mi retiro
de Naga, Camarines Sur:
Julio 1950.